

ESTE PERIODICO

SE PUBLICA

LOS DOMINGOS.

PRECIOS DE SUSCRICION:

EN LA HABANA,

4 pesetas sencillas

AL MES,

y en el interior

UN PESO,

FRANCO DE PORTE.

El número suelto

VÉNDESE EN LA IMPRENTA

A DOS RS. FUERTES.



LA REDACCION

ESTÁ SITUADA

CALLE del OBISPO

número 22,

LIBRERÍA É IMPRENTA

"EL IRIS,"

A DONDE

PODRÁN DIRIGIRSE

los avisos

Y RECLAMACIONES.

La Administracion

ESTÁ EN EL MISMO

ESTABLECIMIENTO

DON JUNÍPERO.

Periódico satírico-jocoso con abundancia de caricaturas,

DIRIGIDO POR

D. VICTOR PATRICIO DE LANDALUZE.

MEMORIAS DE UN COCHERO.

(Continuacion.)

IV.



astante increíble parece, que en una noche de Carnaval y á una hora tan avanzada pudiera encontrarse tan concurrido de alegres parroquianos el Hotel del

Cerro. Los alrededores de Escauriza, y de la Bolsa (que tambien estaba en voga en la época en que dan principio estas memorias) abundan en excelentes fondas, *restaurants*, y *cafés*. Ahí están por su órden de colocacion relativamente á Escauriza, la *Flor de Lis*, la *Azuena del Valle*, que en aquellos tiempos era tambien *restaurant*, las *Tullerías*, cuya fama comenzaba entónces á consolidarse, sin haber decaído un punto despues, la *Noble Habana* y el *Palacio*

de Cristal; y sobre todo ahí estaba ya nuevo y flamante el *Louvre*, con sus lujosos y elegantes salones, con sus cocinas dirigidas por el nunca bien ponderado Bernard, con sus vinos esquisitos, entre los cuales sobresalia el espumoso Champaña de la viuda Clicot. Todos los elementos gastronómicos, capaces de contentar todos los paladares y al alcance de todos las fortunas, se hallaban á la mano; y sin embargo, habia gentes que iban á cenar al Cerro despues de media noche, faltando algunas parejas que, habiendo hecho su última pirueta al retumbar el cañonazo de las cuatro, emprendian su marcha á esas horas cantando alegremente, al compás de los ocho cascós de las infatigables parejitas criollas, que las conducian á todo galope al Hotel, objeto de este capítulo. Es que el movimiento del carruage, suspendido en sus suaves resortes de acero, y el fresco de los aires que se respiran en las calzadas, y ese doble *tête á tête* de cuatro jóvenes, que acababan de bailar, y ahora van dos á dos cantando como los ruseñores, ó ar-

rullándose como las palomas, y luego se sientan en derredor de una mesita limpia y bien servida, hacen que en el Cerro sean las salsas mas sabrosas y la pimienta mas picante.

Pero al mismo tiempo, la aglomeracion de testigos actuarios, la comunicacion en que se encuentran los saloncitos, separados solamente por delgadas y blancas cortinas de muselina; el entrar y salir de los dependientes, como aquí se llaman, dan á esas animadas cenas cierto temple de decorosa confianza y de decente locura, que á mis ojos les quitan lo que, siendo de otro modo, pudieran tener de censurables. Rara vez ha llegado el caso de haber de reprimir un exceso, un escándalo ó un desórden, de carácter alarmante: escaramuzas de ménor cuantía, sin importancia alguna; no siempre se halla el cuerpo en disposicion de desafiar impunemente..... al sereno: eso es todo.

Como dejo indicado en el número anterior, que no me atrevo á llamar capítulo, aunque con este nombre he osado confirmar el presente, yo conocía á

las dos damas que habia llevado, á pesar de su disfraz. El cupé, la librea, su compañero de aventuras que no se habia ocultado, el timbre de su voz que no habia disfrazado, probablemente porque ellas no me habian reconocido, no habiendo fijado su atencion en mi humilde persona, todo contribuía á ese resultado.

Entraron, por tanto, resueltamente en su comedor reservado, corrieron las cortinas, se les sirvió la cena y todo marchaba á pedir de boca.

Tambien yo, que soy de carne y hueso como cualquiera animal, habia abandonado mi pescante, para sentarme á cenar en union de otros camaradas, que trincaban sabrosamente en rededor de una mesita colocada en el corredor principal, ó séase en el comedor general.

Habria trascurrido una media hora despues de nuestra llegada. Un coche tambien de alquiler como el mio, (al Hotel del Cerro, no sé porqué, no se acercan los carruages particulares en altas horas de la noche,) paró á la puerta y de él desembarcaron en el ancho pórtico dos caballeros y una dama tapada.

Al punto reconocí en uno de los dos galanes, en el que casualmente daba el brazo á la máscara, al individuo á quien se refería la mía, es decir, una de las dos señoras que yo habia conducido, la que habia dicho al despedir su cupé en la alameda. “¡Si él lo llegara á saber!

Pues, bien: ese él estaba allí: era él, ni mas, ni ménos: era D. Cornelio Calabaza.

Un dependiente se acercó.

—Cuarto solo y cena para tres personas, dijo el recién venido.

—Cuarto solo no hay: están todos ocupados; pero si V. gusta se le servirá en una mesa aparte en el salon.

—Nó, no nos conviene.....

—En aquel cuarto está D. Alfredo de la Estrella que, segun me parece, es amigo de V.; pero se halla acompañado de dos señoras.....

—Basta. Allá nos servirán, quiera Alfredo ó nó. Nosotros somos dos hombres y una muger; ellos dos mugeres y un hombre. Se ha igualado la partida: tres contra tres.

Y sin mas hablar, y sin previo anuncio, se coló en el cuartito seguido de sus dos compañeros.....

Si el lector no es lerdo se habrá quedado temblando, como yo me quedé, al pensar en la escena que iba á pasar allí.

Máquinalmente me habia acercado á

la puerta. ¡Gracias á Dios!—Alegres carcajadas, apretones de manos, abrazos y besos de las mugeres entre sí; y luego á que cenaran los intrusos recién llegados.

A las cuatro y media se ajustó la cuenta: á onza de oro española por cabeza: suma ciento dos pesos.

¡A casa, y tan amigos como siempre!

El desenlace no podia ser mas satisfactorio. Yo, por mi parte, me gané ademas del susto, un par de *catatas*, que me pagó generosamente D. Alfredo.

Eran las seis de la mañana cuando llegué al establo, y despues de limpiar y dar su pienso á los caballos, que habian soportado su mala noche con una constancia lacedemónica, á mi vez fuí á la cama. No es preciso decir que las seis horas que dormí, lo hize como el justo, como el niño, como el liron: sueño benéfico, reparador, que devolviéndome las fuerzas, me colocó en situacion de emprender con nuevos bríos, nuevas faenas.

V.

¡Oh! inestabilidad de las cosas humanas! ¡Y cuán vasto campo se me presentaría ahora, si yo quisiera espaciarme en él, para entrar en reflexiones filosóficas, profundas y luminosas sobre la vida y la muerte!—Pero el triste conductor de un coche de alquiler ¿para qué se vá á meter en honduras de que no salen bien parados ni los sabios mas famosos? ¿Ni que adelantaria yo, ni que mis lectores, si es que llego á tenerlos? nada; de lo que se llama: Nada.

Y sin embargo, materia hay para ello. Esto de llevar á gente alegre á dos bailes; de cenar en compañía de amigos de buen humor y apurar con ellos un par de botellas de buen vino, entre risotadas y dicharachos, dignos de la profesion; acostarse á dormir al despertarse la madre naturaleza, al soplo de las primeras auras matutinas, á los cariños de los primeros rayos del sol, y levantarse en seguida para ir á presenciar falsos duelos y lágrimas fingidas, y escenas de muerte en caricatura; y visitar establecimientos mercantiles que se llaman *muerterias*; y contemplar esos domésticos alquilados por hora, pertenecientes á la servidumbre desolada de un amo á quien nunca conocieron; y ver á esos fieles servidores llamados *zacatecas*, con sus vestidos negros, verdaderos cuervos, pues viven de los muertos; y ver sus *bombas* adornadas de blondas ominosas, menos chocantes, quizas, que los otros *zacatecas* á lo Luís XIV; y ver los inmensos carros funerarios con sus enormes penachos; y ver...

pero nó: aquí pausa. Este es el acápito mas largo que he dictado en mi vida, apesar de que á Maese Nicodemus, mi amanuense, le parece demasiado corto. Yo prosigo con mi historia, pues es una historia la que voy á contar, aunque en abreviatura.

Este era un conde rico y sin hijos. Su título está diciendo á que clase de la sociedad pertenecía. Pero los hay como los moscardones de los jardines, que revolotean entre las mas aromosas flores, sin libar el cáliz de ninguna; y paran al fin por clavarse de cabeza en el cieno.

Esto aconteció al conde de Forel: riñó con su familia, renunció á sus relaciones de amistad, abandonó los círculos aristocráticos y se envolvió, de piés y manos en las redes, y se dejó mistificar por los encantos de una circe canaria, que semejante á la de la Odisea, sabia convertir con su vara mágica á los hombres en bestias. Faltaban á nuestro conde el valor y la espada de Ulises y cayó en el garlito.

Así vivió largo tiempo, hasta que llegaron las horas de las enfermedades y la de la muerte; léjos de los suyos, y rodeado, ó mejordicho, sitiado por una hambrienta jauría que solo aguardaba que exhalase el último aliento para repartirse sus despojos.

El entierro fué triste, muy triste: ni un solo carruaje blasonado: de los seis que seguian el lujoso carro mortuorio, el mejor era el mio: iban ademas un quitrín de establo, y cuatro volantas de alquiler.

Y la verdadera familia lloraba oculta en sus aposentos; y la familia postiza se regocijaba en la falsa casa mortuoria. Este es el mundo!

Y el cochero de alquiler, testigo de las embriagueces del vino y del amor el mártir de carnaval hubo de asistir, siempre impávido, siempre indiferente en pos de un cadáver, olvidado ya en un nicho del Cementerio general.

No todo ha de ser color de rosa, pero tampoco todo ha de ser rigor.

(Continuad.)

Por no saber firmar el autor,
MAESE NICODEMUS.



A VOSOTRAS.



a muger, dice Jules Janin, es la mas desgraciada de las criaturas hechas á imagen de Dios.

Su infancia es lánguida y llena de trabajos; su primera juventud, una promesa ó una amenaza; sus veinte años, una mentira; su madurez, la vergüenza; su vejez, un infierno.

Y sin embargo, la muger es la primera necesidad que conoce el hombre.

Antes de serlo, necesita sus entrañas para alimentarse en ellas con su sangre y recibir allí la vida de su propio sér.

Cuando descende á la huesa, necesita tambien que derrame una lágrima cabe su tumba, para que riegue la flor de su memoria.

Y los hombres no lloran.

Unos porque no saben.

Otros porque no pueden.

Todos porqué no deben llorar.

Luego vosotras, aunque nuestro orgullo se resiente al confesarlo, sois para nosotros una imperiosa, una indispensable necesidad.

Esto aparte de otras razones que podría consignar en mi apoyo, ó por mejor decir, en el vuestro.

Vosotras sois nuestro principal elemento en la vida.

¿Y como no serlo, si empezásteis por existir á costa de nuestras costillas?

Por vosotras amamos la gloria.

Para vosotras amamos el dinero.

Os debemos el bien, porque sois madres de los buenos.

Porque sois madres de los malos, y sin estos no pueden existir aquellos.

Por eso, y por otras cosas mas, os amamos.

Por eso nos dejamos crucificar, por vosotras, y os perdonamos siempre.

Antes de pasar adelante, debo consignar un principio que profeso.

Vosotras sois única y esclusivamente las bonitas; y para ser bonitas, sabeis que se necesita tener indispensablemente estas cuatro cosas.

Buenos ojos.

Buena boca.

Buenas manos.

Y buenos piés.

Reuniendo estas circunstancias, no importa que no tenga buena cabeza.

La fealdad es una cualidad que para mí no cabe en la muger.

Una *muger fea* es una contradiccion.

Una de dos:

O no es fea, ó no es muger.

Cuando me dicen que una muger fea es ó ha sido madre, no lo creo.

Y una vez que á vosotras me dirijo, confieso que estoy perplejo en lo que os he de decir para que os guste.

Si fuera yo como un celebrado escritor, á quien debeis conocer, os hablaría de mí y de mis aventuras extraordinarias, sin olvidar la mas insignificante de las consideraciones que me vinieran en mientes acerca de cada uno de sus detalles.

Pero considero que esto solo podría interesar al que lo escribe, si fuera verdad; y no siéndolo, ni á él ni á vosotras tampoco.

De las mugeres no creo oportuno hablaros, por dos razones:

La primera, porque ya os he dicho casi todo lo que es permitido deciros en estas líneas.

La segunda, porque así como prefiero que me hablen de vosotras, cuando se trata de *hablar*, así tambien calculo que preferiréis os hable de la humanidad masculina.

Os hablaré de los hombres.

Pero no creais que voy á sacar á plaza á Calderon, Cervantes, Byron, Chateaubriand, Balzac, y tantos otros cuyos nombres andan de boca en boca y de pluma en pluma todos los dias, entre los muchos que nos creemos sabios, y sabemos que no lo somos, aunque de ellos no conozcamos mas que sus nombres.

Os hablaré de otros que esciten en vosotras mas palpitante interés.

Por ejemplo, de vuestros amantes.

A estos, sin embargo, los conoceréis mejor que yo; ó, á lo menos, creéis conocerlos.

Error lamentable!

Creeis que os aman, los que se des hacen en protestas y juramentos, sin separarse un momento de vuestro lado.

Creeis que no os aman, los que no os dirigen una sola palabra, porque ellos mismos se esfuerzan en convencerse de que el amor es como el dinero, una preocupacion, segun Alfonso Kar, y no una necesidad.

Y sin embargo, á unos y otros sucede todo lo contrario de lo que parece.

Los primeros quieren amar, y para persuadirse de que lo hacen, se engañan hablándoos de amores.

Los segundos no quieren amar, y se separan de vosotras, imaginando así estar seguros, como si los ojos del corazon no salvaran las mayores distancias.

Esta observacion no me pertenece; se la dejo á una muger.

De lo cual deduzco una consecuencia: El corazon es una comedia escrita en *faba*, como suele hacerlo Eguilaz, y en el siglo XIX no hay quien la entienda.

Vosotras pretendéis conocer á los hombres por lo que os dicen, y hasta que recibis un desengaño en lo que os hacen, no comprendéis vuestro error.

Tambien los filósofos imaginan resuelto el problema de la humanidad, sentando máximas acerca del corazon humano, cuando éste presenta mas fases distintas que la voluntad nacional en un Congreso de Diputados.

En los poetas, el corazon es una quimera.

En las mugeres hermosas, es decir, en las mugeres, una lisonja.

En las feas, un epigrama.

En los viejos, una memoria.

En los tontos, una carcajada.

En los buenos, un amigo.

En los discretos, una razon.

En las mugeres livianas, una disculpa.

En tésis general, os repetiré lo que dijo no sé que famoso escritor:

“Tenemos un enemigo que nos sigue por todas partes.”

Este enemigo es el corazon.

Y vosotras, que ejercéis una poderosa influencia en el hombre, sois las primeras que no le conocéis, ¿como he de haberlo conseguido yo, á quien interesa infinitamente ménos?

Conste que vosotras, como he sentido al principio, sois y sereis siempre nuestra primera necesidad.

Que sin vosotras no seríamos buenos ni malos, sabios ni tontos, ricos ni pobres.

Y que á vuestro lado no comprendo al *Hipólito* de Eurípides, diciendo:

“Jamás reinó el amor en mi alma; ignoro sus placeres y sus penas; mi cuerpo y mis ojos están tan puros como mis pensamientos.”

Eguilaz dice por boca de su D. Alonso: «Es codiciable el pecado, porque engendra la virtud del perdon.»

Yo hallo mas grande el perdon, cuando supone haber pecado por vosotras.

De vosotras todo, todo por vosotras... y vosotraspara nosotros.

LEOPOLDO BREMON.

LA VIDA DEL HOMBRE MALO.



Juega y gana.



Entra en los altos círculos financieros.



Y despues se queda con la boca abierta en aptitud de emprender otros negocios mas productivos.



Hace quiebra y se reserva un carruage y algunos centenares de miles de pesos, entregando muchas esperanzas á sus acreedores.

LA VIDA DEL HOMBRE BUENO



Se casa con una linda jóven que le trae en dote un soberbio malakoff y una prolongada parentela.



Sale fiador de sus parientes y amigos y se arruina.



Se descrisma trabajando.



Termina por fin sus tristes dias sin otro consuelo que el espectro de su suegra.

MUSEO JUNIPERIL.

EL MARIDO BLINDADO.



Nació en Cosmópolis un día que llovió mucho y las ranas pidieron rey, y los gatos zapatos, y los deudores espera, y las mugeres..... MARIDO!

Qué día fué ese? Adivínalo quien pueda, que las señas no son muy exactas, pues la historia registra varios diluvios y no se sabe si el aludido es el de Noé, el de Deucalion, el de los Chinos ó el de los indios, así como ni Moises, Herodoto, Sanchoniaton ni Confucio dicen claramente si las ranas ecsistieron antes que los maridos.

Todo lo que sabemos sobre el particular es, que Adan—que no era ningun rana—pidió muger cuando se vió solito, acaso porque temió que, si publicaba algun periódico, no tendria lectores por falta de público, pues consta que los animales lo único que sabian hasta entonces era sus propios nombres; y eso porque Adan tuvo la paciencia de irles diciendo á cada uno: “tú te llamarás venado, y tú te llamarás lechuza, y tu galopo; y tú..... tú te llamarás tiburon! y tú como eres muy zorra, zorra te has de llamar, y tú, pollo, cuando se inventen los medios y reales, te llamarán pollo de real y medio.”

El marido blindado que está en este museo, encerrado en esa jaula con pinchos de hierro, para que no lo arrebatan, es un ente conchudo tan apreciable por sus cualidades físicas como por las intelectuales.

Ojos..... de topo.

Oidos..... de mercader.

Boca..... que ni siquiera dice: “esta boca es mia.”

Olfato..... de fluxion crónica, aunque tiene dos palmos de narices el marido blindado.

Ropa bien cortada. Ancho de mangas, bolsillo profundo y repleto, suave al tacto y al mismo tiempo impermeable para todo menos para las lágrimas de su consorte, quien con una “líquida perla” como dice Zorrilla por boca de Tenorio, obtiene del marido un collar de perlas sólidas de Margarita ó de Cubagua. Con dos lágrimas un palco en la ópera. Con tres, una luneta mas para un amigo; con un poquito mas, un carruaje para que el amigo vaya en coche á la luneta, mientras el marido se queda á la luna de Valencia, cuidando

los nenés con el consuelo de que su cara mitad le adora y le elogia hasta ponerlo en los cuernos de la luna.

Y allí lo deja puesto mientras ella baja á este planeta á hacer cabriolas que envidiaría el mas hábil funámbulo de la troupe de Chiarini.

—Ea, niñas! os vendo el marido blindado! Que me dais por él? Vale mas que el *Monitor*, pues no se hunde nunca. Ponedle precio; es una joya de indisputable valor; es portátil, cabe en el seno, se tapa con un sombrero, con un abanico, con cualquier cosa.

Sabe contar cuentos y abrochar corsés, y no echa de ver que por la tarde hay un nudo donde por la mañana hizo un lazo. Tiene ingenio..... en todas partes ménos en el cerebro. Paga sus deudas y las ajenas.—Veamos qué me dais por él?

—Yo, mi novio!

—Yo el mio!

—Yo los míos!

—Y yo!

—Eh! poco á poco. Una por una.

—Yo doy á Adolfo. Es jóven, buen mozo.....

—Profesion?

—Literato.

—Medios de subsistencia?

—Yo no sé. El trabaja, la prueba es que viste muy elegante.

—Eso lo que prueba es que los sastres trabajan. Yo conozco á Adolfo: es muy profundo en la ciencia del *voy ó van, cachucha, voy librando*.

El trabajaba antes en una tabaqueria y la sociedad le llamó con desprecio tabaquero, y los salones de buen tono le cerraron sus puertas, aunque por medio de su profesion honrosa ganaba una subsistencia honrada y no debia un centavo á nadie. El en vez de despreciar á los que le despreciaban y hacerse dos veces estimable por su laboriosidad y su filosofía, aceptó el camino mas corto, que fué el echarse á vago y mal entretenido, jugador y beodo.

—El ocupa una buena posicion.....

—Horizontal cuando se acuesta.

—El tiene su carrera.

—De baquetas la merecia como todo el que tiene en mas las preocupaciones del vulgo que los reclamos de la conciencia. Para eso de posicion no hay como la que quiere ocupar un vecinito mio; decia un hermanito suyo, que cuando él fuera grande iba á ser panadero, “*pa comé bastante galleta* de guagua.” Pregunté entonces á mi vecinito que carrera iba él á abrazar. ¿Militar? le dije— No; contestó, el sable pesa mucho— Abogado?— Tampoco. Se

gasta mucho papel.—Médico?—Menos. Se ve mucha cosa fea.—¿Pues qué vas á ser?—Con una sonrisa angelical, me dijo aquel pichon de epicúreo—Yo quiero..... está siempre..... *acuetaito*.

Vuelvo al marido blindado. Qué me dan por él? Resiste la prueba del agua, la de los pellizcos, la de los sábados con su cortejo de recibos, cuentas y no de azabache. Si lo desafian no se bate.

—Yo doy el mas rendido de mis adoradores, doy Leoncio el que me hace cucamonas desde la barberia de la esquina.

—Conozco mucho á Leoncio. Hace seis años que pretende á *** y no se ha casado todavia porque no tiene “con qué.” Tiene mano derecha, tiene novia y tiene ganas..... ¿qué le falta pues? Ah! es verdad, no tiene dinero. Y por eso está metido en el vecindario todo el dia y parte de la noche? Vaya un modo de buscar fortuna.

Me acaban de asegurar en este momento, que él “tienta la suerte” Que sus deseos no conocen valla, mejor dicho, conocen todas las vallas de la isla y vive de la pluma..... *malatoba, ceniza ó talizaya*, y da el dó de pecho cuando entona en algun tutti la cavatina de “la voy á escudo! quién va veinte? voy onza á peso!”

Acaba de llegar al museo una dama. Sus ojos no me engañan; ellos quieren espresar algo de indiferencia; pero como á través de un lente, se ven mal disfrazados los deseos.

El corazon de la muger es un libro abierto, y á veces para que no lo lean, como no sabe cerrarlo, lo tapa..... con un vidrio.

Y el vidrio es frágil y transparente.

Ah! Esta muger quiere robarme el marido blindado, quiere arrebatármelo aun á trueque de hacerse sangre las manos contra los garfios de hierro que rodean al inofensivo prisionero.

—Yo no quiero marido, dice. Abajo los tiranos! Si todas las mugeres fueran como yo, el sexo fuerte moriria de debilidad.

—Si la mentira fuera sangre, dije yo, tú moririas de plétora.

—Que me trague la tierra si no es verdad lo que digo.

—Merecia quien tal embuste profiere, que le cayera el circo de Pompeya, con sus cajas de azúcar, y que Bellini le chillara en los oidos y la Sra. Ortolani le diera una mordida con toda su boca.

—Que salga de la jaula ese estafermo! Quiero verle fuera y espulsarlo

con todo el gremio de los maridos. Las mugeres solo somos felices mientras conservamos nuestra independencia de solteras. Cuando una se casa comienza á ser víctima del carácter iracundo de los hombres, celosos, llenos de vicios, groseros; las mugeres que se casan son verdaderamente desgraciadas, sufren muchísimo, mueren en vida.

Coro.

—Quien fuera desgraciada!
—Vengan los sufrimientos!
—Yo quiero morir en vida.

La mujer abrió la jaula, á costa de su sangre. Consentí en ello para exhibirlo á la multitud probando el temple de sus escamas. Sufrió mil pruebas, y por último la muger Furia, la quinta esencia de Jantipa, lo estrujó, lo pisoteó, lo volvió una miseria, y se lo llevó volando. El marido blindado todo lo resistió, ó al ménos casi todo; pero tanto fué el cántaro al agua, que se quebró.

Lo que hizo la mujer fué tanto, tanto, que no es para escrito. ¡Quiera Dios que ustedes ni lo adivinen. Lo cierto es que el marido la mordió, y ha venido de nuevo á su antigua jaula, para que sirva de leccion y se sepa que hay mugeres capaces de exasperar, hasta al marido blindado.

BACHILLER LINAZA.

EPÍGRAMAS.

19

Del bendito San Anton,
Nunca falta á la funcion
El cesante D. Crisanto,
Que le inspiran devocion
Los panecillos del Santo.

29

Casóse D. Juan de Toro,
Y el cura al felicitarlo
Le dijo, segun costumbre:
—Dios lo haga bien casado,
Sr. de Toro, y lo sea
Usted dilatados años.

39

Malicioso un aldeano,
Al terminar un bodorrio,
De esta suerte se espresó
Dando el para-bien al novio:
—Con tu mujer, paz y dicha
Gozes en el matrimonio,
Que bien puedes tu gozar
De lo que gozaron otros.

MARIO.

AL SERENO.

POLÍMETRO DE CAPRICHOS.

Flébil
Pito,
Grito
Cruel:
Yo peno,
Serenó,
Con este
Y á quel.
Ese pito
Que me asedia,
Cada media
Silbar á;
Y ese grito
Que me azora,
Cada hora
Sonará.
Dime sereno,
Si tú no duermes,
Que no te enfermes
Estrañó, á fé.
Dicen que es malo
Dormir de día:
No es cosa mia,
Y o no lo sé.
Por eso te aconsejo
No agotes tu existencia,
Ni aburras la paciencia
Con esa tu cancion.
¿Qué es dímelo, per Bacco!
Con qué tu boca tapas,
Que ni siquiera atrapas
Una simple fluxion?
No vayas á figurarte
Que yo pueda desearte,
Buen sereno, el menor mal;
Pero, á la verdad, sí estrañó
Que doce veces al año
No vayas al hospital.
Si has podido pensarlo, te engañas;
Pertenece á un noble instituto:
Y lo admiro, pues no soy tan bruto
Aunque algunos me tengan por tal.
Sí; yo te admiro, centinela amigo;
Ojalá que vivieses en mi puerta,
Pues yo, como otros muchos, soy testigo
De que siempre, y por nos, estás alerta.
Mas tú, sereno, convendrás conmigo,
Que la crueldad del pito es cosa cierta;
Declarando que estoy en mi derecho
Cuando reniego de tu dó de pecho.
Así, no te enojos, querido atalaya,
Ni piense, ni vaya, ninguno á pensar,
Que pude ofenderte, pues solo del pito,
Pues solo del grito me quise quejar.

MAESE NICODEMUS.

JOHN STEWART. HISTORIA DE UN PAYASO.

(TRADUCIDO ESPRESAMENTE PARA DON JUNÍPERO.)

(Continúa.)

II.

—¿Con que quereis abandonarnos? dijo Dervieux.
—Por un poco de tiempo solamente, respondió John: tengo necesidad de cambiar de aires.
—Pero, al ménos, nada os ha faltado aquí?
—Nada de lo que os era posible proporcionarme, querido amigo mio. Voy á buscar distracciones mas poderosas que las que encuentro entre vosotros. No lo

lleveis á mal, Carlos: no estaba yo hecho para la vida tranquila y uniforme á que me he visto sometido: no me detengais, pues.

—Idos, y volved lo mas pronto y curado, dijo Carlos abrazando á su suegro.

Mucho mas aun se afligió Mary con la partida de su padre; y le acompañó hasta Aviñon, en donde debia él emprender via hácia Paris.

Y muchas lágrimas derramó ella en el momento de la separacion: recordaba bien cuanto amor y cuanta solicitud habia siempre encontrado en su buen padre, durante el tiempo en que habia vivido á su lado: y su separacion le desgarraba el alma.

Ante tal desesperacion, John sentia debilitarse sus resoluciones; pero al recordar todo lo que habia sufrido durante los tres años que acababan de transcurrir, le faltó el valor que habria necesitado para verlos comenzar de nuevo. Por otra parte él esperaba que le curaría la ausencia, y abrazando á su hija una vez mas.....partió.

Al dia siguiente se hallaba ya en Paris. Su primera visita fué para el Circo, cuyas representaciones tenian efecto como en la estacion del estío, en los Campos-Eliseos. Los sonidos de la orquesta, el alboroto de los espectadores, el brillo de las luces, hicieron latir su corazon como en los mejores dias de sus apariciones. Colocóse en un rincon apartado y oscuro, desde el cual asistió á toda la funcion sin ser reconocido.

¿Qué de emociones experimentó durante esa sesion! Los aplausos, que él escuchaba y de los cuales no tomaba su parte, le atormentaban como si oyese silbidos que se le dirigieran. El célebre payaso Auriol, que habia sido durante tanto tiempo su rival y su camarada, entró en el Circo, y llenó de admiracion á todos los espectadores. En aquel instante sintió ímpetus Stewart de lanzarse á su lado. Y experimentaba tentaciones de gritar á todas esas gentes entre las cuales reconocia antiguos parroquianos: "Dejaos de eso: soy yo el verdadero Gulliver! Voy á renovar ahora mis prodigiosos saltos, mis atrevidas suertes; para que vosotros me devolvais las ovaciones que me discerniais en otro tiempo."

Mas, á duras penas se contuvo, y salió; pero tomando desde luego la resolucion de ir al siguiente dia á ofrecer sus servicios al director del Circo.

Y si se presentasen dificultades de dinero, se dijo así mismo, me comprometeré de balde.

Olvidaba que por poséerlo otra vez habria la direccion cubierto de oro la mesa en que él firmara su contrata. La noche es buena consejera. Cuando nuestro John se vio léjos de aquel teatro, tan lleno para él de emociones; cuando el aire hubo calmado el hervor de su sangre, comprendió que su resolucion era una locura, y que aun mas insensato sería realizarla. El dia despues no asistió al Circo en la funcion de dia; pero por la noche fué, y durante todo un mes se quedó en Paris, experimentando las mismas impresiones, formando sin cesar el mismo proyecto, sin ejecutarlo jamás. Un dia, no obstante, llegó hasta la puerta de la casa del director; pero, al llamar, echó á correr como un loco: semejante estado de sobre-escitacion no terminó hasta que salió de Paris. Fué á embarcarse al Havre y se trasladó á Inglaterra.

Quedóse allí algunos meses con intenciones de ajustar contrata con una compañía estrangera, poniendo por condicion

el no ir á Francia mientras durase su compromiso; pero á tiempo de firmar se sintió retenido por cierto remordimiento; aparte de que él temía no poder vivir por mucho tiempo separado de sus hijos. Erale ya imposible vivir privado de la vista de su Mary.—Volvió pues á su lado.

Una lucha tan cruel, y que la pluma mas hábil no podría describir, en todos sus crueles pormenores, debía arrancarle paro siempre á las peligrosas tentaciones que lo obcecaban ó hacerle sucumbir.—En efecto: sucumbió.

Parecia que al poner el pié en el suelo del pais que habitaban los únicos seres á quienes amaba en este mundo, seria su primer deseo abrazarlos; pero, nada de eso. John no queria vivir lejos de ellos; pero al mismo tiempo temia verlos demasiado pronto. Sobre todo, no queria dejarles adivinar los sufrimientos que habia tenido que soportar. Por eso no se apresuraba mucho á acercarse á aquella casa que tan querida le era.

Entóncesse le ocurrió la idea de hacer á pié el camino que separa á Calais de Aviñon; y ya le tenemos atravesando á cortas jornadas una parte de la Francia, durmiendo y comiendo con las buenas gentes del campo, cuya hospitalidad pagaba generosamente, y reposando de este modo su espíritu y su corazón con la vista de las hermosas comarcas por donde pasaba.

Cerca de seis meses hacia que se habia separado de sus hijos. Hallábase á la sazón entre Valencia y Aviñon. Hacia uno de esos bellos dias del fin del invierno: el camino, endurecido por el frio, se extendia bajo las miradas blanco y uniforme. John

Stewart iba andando alegremente, con su baston en lo mano, con una maletilla á la espalda, cubierto con una cachucha negra, abrigado con una blusa gris, y ceñida la cintura con una correa: iba ademas calzado de botas que ceñian su pantalon.

Habíasele tomado por un mercader— hacendado en camino para alguna feria de importancia, y nadie habria buscado bajo ningun vestido al antiguo payaso del Circo, ni adivinado las luchas que hemos tratado de contar.

El término á que John habia llegado de su viaje, le tenia á pocas jornadas de sus hijos; y sin embargo su impaciencia por volverlos á ver no era tanta que le impelia á apresurar el paso, para llegar mas pronto.—Marchaba á cortas jornadas como queriendo atrasar y retardar el término del viaje.

Cierto dia, despues de recorridas algunas leguas de camino, encontröse John á las puertas, como quien dice, de una pequeña ciudad llamada Montelimart. Entró en la primera fonda que se le presentó; fonda de menor cuantía, destinada, de intento, para los indigentes y para los viajeros desesperados.

Su presencia no excitó en manera alguna la atencion, apesar de que la sala estaba llena de jente. Todas las miradas estaban fijas sobre un solo punto: la suya siguió á las otras, y he aquí lo que vió.

Alrededor de una mesa, cargada de botellas y de platos, hallábanse tres hombres, cuatro mugeres y dos niños; los cuales, á juzgar, por la magnitud de los platos vacíos acababan de hacer una comida copiosa, si no succulenta. Los manteles estaban

lentos de manchas, la loza se encontraba en una dudosa limpieza, pero los convidados no parecian fijarse en ello, y los dientes marchaban á paso de demonio.

(Continuará.)

JUNIPERADAS.

Por dar un salto ayer D. Simeon,
Se rompió la nariz y el esternon.
*Esto, lector benévolo, te advierte,
Que no siempre quien salta se divierte.*

El que se casa, y de escasa,
Fortuna vive en la tierra,
Hace su carrera en casa,
Sin tener que ir á la guerra.

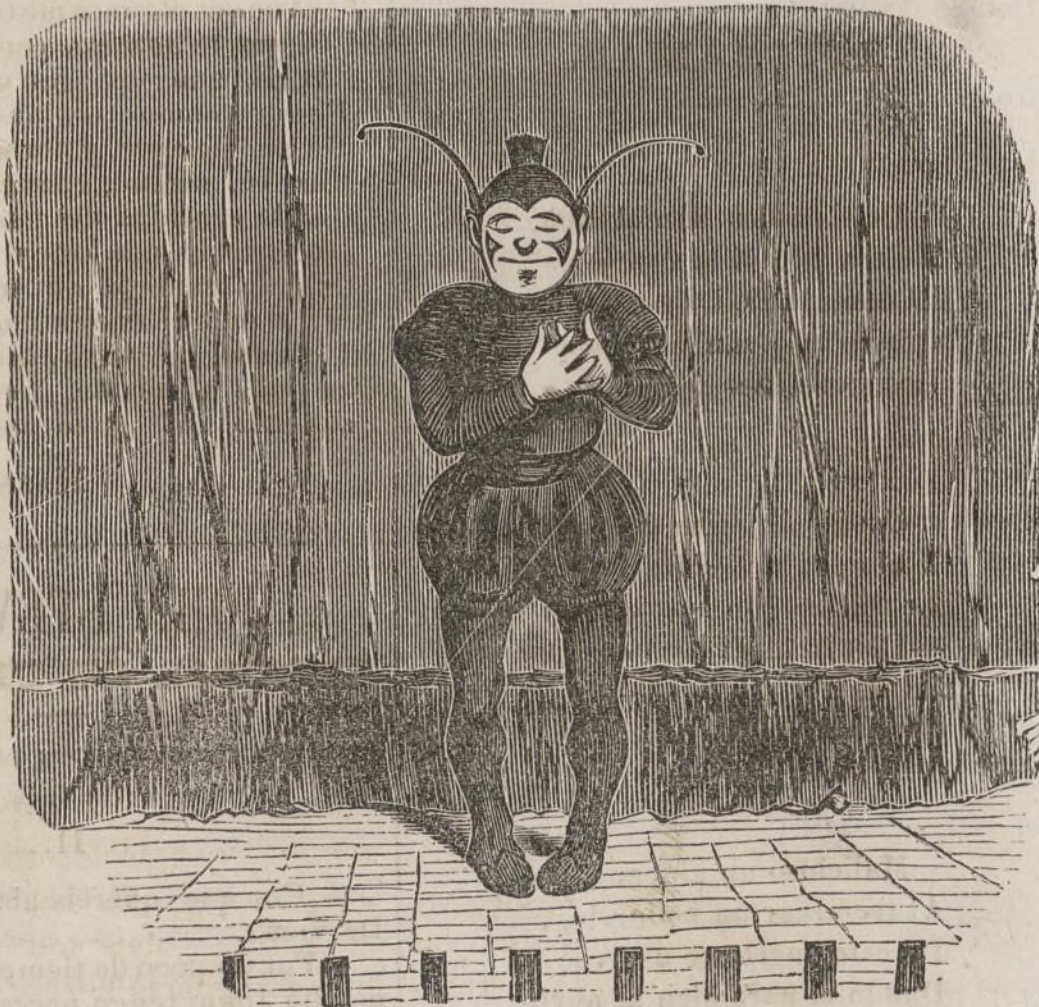
Por montar D^a Paca en una jaca,
Tiró al suelo la jaca á D^a Paca.
*Leccion severa y pronta,
Que suele recibir aquel que monta.*

—¿Qué demonio de hombre! esclamaba R..... al despedirse de uno de sus amigos: por la mañana, por la tarde, por la noche, siempre está á mi lado. Es mi pesadilla; mis narices.....Siempre le tengo delante. ¿Qué haria yo para librarme de él?
—Una cosa sencillísima.
—¿Cuál?
—Es pobre?
—Sí.
—Préstale cien duros, y no le vuelves á ver.

IN MANUS TUAS.



—Oh Caballero, aquí me envian
—Puede V. entrar con franqueza, que aunque visto de lana, no soy carnero.
—En tal concepto, in manus tuas &c.



Y cerró los ojos, despues que estuvo dentro para ver si distinguia lo que tenia delante de ellos; pero como se hallaba limpia su conciencia, no vió en torno mas que una tenebrosa oscuridad, á pesar de los truenos y relámpagos que habia por fuera.

HABANA: Librería e imprenta EL IRIS, Obispo 22.